

SÉPTIMO DÍA - REPOSAR CON EL SEÑOR

(ÍNDICE)

“Así fueron acabados los cielos y la tierra y todas sus huestes. Y en el séptimo día completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que Él había creado y hecho” *Génesis 2:1-3*.

“Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” *Éxodo 20:8-11 (RV 1995)*.

Ese es el gran resumen de la creación, junto al relato de su celebración. Bastó un ordinal para designar cada uno de los seis días de la creación, pero al día que celebra la creación completa se lo honró con un nombre. El nombre del séptimo día es “Sábado”. Eso sirve a un doble propósito. Al dar un nombre al séptimo día se lo distingue del resto, y al numerar los precedentes sin darles nombre se enfatiza el hecho de que el sábado es un día de recurrencia fija y definida. Pero el propio texto especifica cuál es ese día llamado sábado, y lo hace en uno de los seguros mandamientos de Dios que están “afirmados eternamente y para siempre” *Salmo 111:8 (RV 1995)*. Nuestro propósito aquí es llamar la atención a las lecciones espirituales que hemos de aprender a partir de la dádiva del sábado al hombre.

Como sabemos bien, Cristo es el gran Creador. Él es la sabiduría de Dios y el poder de Dios. “Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen” *Colosenses 1:16-17*. “Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” *Juan 1:3*. Que Dios hizo los cielos y la tierra en seis días, significa ‘Dios en Cristo’, ya que Cristo es la única manifestación de Dios que el ser humano conoce. Por lo tanto, sabemos que tuvo que ser también Cristo quien reposó el séptimo día una vez completada la obra de la creación, y que fue Cristo quien bendijo el séptimo día y lo santificó. Consecuentemente, el sábado es de la forma más enfática el “día del Señor”.

¿Por qué causa se hizo el sábado? “El sábado fue hecho por causa del hombre” *Marcos 2:27 (RV 1995)*. No fue hecho contra el hombre, sino a su favor. No es un día arbitrario que se le impuso al hombre, algo que el hombre está obligado a guardar simplemente porque Dios lo ordena, sino algo provisto en su beneficio. Es una bendición que Dios otorga al ser humano. Forma parte de “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad”. Es una de las cosas que “nos han sido dadas por su divino poder” *2 Pedro 1:3 (RV 1995)*.

¿Por qué se dio el sábado? El Señor responde así mediante su profeta: “Santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová, vuestro Dios” *Ezequiel 20:20 (RV 1995)*. Observa: es una señal mediante la cual las personas han de conocer a Dios. No tiene cabida la suposición de que el sábado tuviera el propósito de distinguir a los judíos del resto de los pueblos. Fue hecho antes de que existieran los judíos. Fue hecho para que se pudiera conocer a Dios; y eso que serviría para permitirles conocer a Dios, serviría para idéntico propósito a todas las naciones. Se le dio a Adán en el principio con el mismo propósito: que pudiera conocer y recordar a Dios.

¿Cómo sería el sábado una señal para que el ser humano conociera a Dios? Encontramos la respuesta en la epístola a los Romanos: “Lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos, pues Dios se lo hizo evidente. Porque desde la creación del mundo, sus atributos invisibles, su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, siendo entendidos por medio de lo creado, de manera que no tienen excusa” *Romanos 1:19-20*. Bastará recordar algunos de los temas abordados anteriormente para comprender cómo se conoce a Dios por sus obras.

Sigue en pie la cuestión: ¿Cómo logra el sábado que conozcamos al verdadero Dios? Nos hemos referido al eterno poder y divinidad del Creador demostrados en las obras de su creación, y al sábado como al gran recordatorio de la creación. El Señor reposó el séptimo día tras seis días de creación, y bendijo y santificó el día séptimo por la razón de que en él reposó de todas sus obras. Leemos: “Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren. Gloria y hermosura es su obra, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas. Clemente y misericordioso es Jehová” *Salmo 111:2-4 (RV 1995)*.

DIOS es lo único que el hombre realmente necesita aprender y conocer en esta vida. El poeta, Alexander Pope, en su ensayo “*An Essay on Man*” puede decirnos que el estudio adecuado de la humanidad es el hombre; pero el Señor nos dice que el estudio adecuado de la humanidad es Dios. “Dice el Señor: No se gloríe el sabio de su sabiduría, ni se gloríe el poderoso de su poder, ni el rico se gloríe de su riqueza; mas el que se gloríe, gloríese de esto: de que me entiende y me conoce, pues yo soy el Señor que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra, porque en estas cosas me complazco —declara el Señor” *Jeremías 9:23-24*. Conociéndolo a él poseemos el más valioso de los conocimientos, puesto que él es la verdad y toda la verdad. Jesucristo es la sabiduría de Dios, y en él “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” *Colosenses 2:3*.

El sábado tiene el propósito de fijar en la mente el poder creador de Dios, que es su característica distintiva. Pero el poder creador es el poder del evangelio; por consiguiente, al rememorar la creación, el sábado rememora igualmente la redención. Cristo es el Redentor debido a que todas las cosas fueron creadas en él. Cristo concede al ser humano la gracia de Dios mediante su poder creador. El poder que salva al hombre es el poder que creó los cielos y la tierra. En consecuencia, cuando el salmista afirma que el Señor hizo un memorial para sus obras

maravillosas, añade inmediatamente: “Clemente y misericordioso es Jehová”. La gracia del Padre se revela en Cristo. “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” *Juan 1:14*. Imparte su gracia “para la ayuda oportuna” *Hebreos 4:16*, mediante el mismo poder excelso y misterioso por el que creó la tierra, el mismo poder por el que los rayos del sol significan vida para las plantas de la tierra.

Observa que hay una relación inseparable entre Cristo y el sábado. Todas las cosas fueron creadas mediante Cristo, y todas ellas subsisten en él. Pero las obras de Dios revelan su eterno poder y Deidad, y Cristo es el poder de Dios, habitando en él toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Por consiguiente, las obras de la creación muestran el poder y divinidad del Señor Jesucristo. El sábado es el gran memorial de las maravillosas obras de Dios en Cristo; por lo tanto, es la gran señal de la divinidad de Cristo. Guardar el sábado tal como Dios lo estableció en la creación es reconocer la divinidad de Cristo, y es recibir el beneficio que deriva de su divinidad.

Así lo indican las palabras de Cristo a los fariseos, quienes lo acusaron falsamente a él y a sus discípulos de quebrantar el sábado por el hecho de haber satisfecho su hambre en sábado, y por haber sanado a un enfermo en ese día. Dijo: “El Hijo del hombre es Señor del sábado” *Mateo 12:8 (RV 1995)*. Que Cristo sea el Señor del sábado no es un asunto menor. Ser el Señor del sábado significa que él es el Creador de los cielos y la tierra, que es el Señor de todo.

Hay una bendición especial ligada al sábado. Ciertamente, muchos que profesan guardar el sábado no reciben esa bendición; pero es así porque realmente la desconocen. La Escritura afirma que el Señor bendijo el día de sábado y lo santificó. Bendijo *el día*. No hay en la semana día alguno en el que *el ser humano* no pueda recibir la bendición del Señor. De hecho, ambos, buenos y malos son los destinatarios de las bendiciones del Señor diariamente. Ciertamente quienes buscan al Señor encontrarán bendiciones especiales en todo momento, ya que el Señor está siempre cercano, y está pronto a bendecir. Pero hay una bendición que acompaña al día de sábado, que en ninguna otra parte se la puede encontrar. Es la bendición del sábado. Dios ha puesto su bendición sobre el sábado, y esa bendición del sábado sólo se la encuentra en el sábado. No es posible encontrar algo allí donde no está. La bendición del sábado no se puso en ningún día, excepto en el séptimo; por consiguiente, no se la puede encontrar en ningún otro día distinto al sábado.

¿Cuál es el propósito de esa bendición? El mismo que el de toda bendición del Señor: “Para vosotros en primer lugar, Dios, habiendo resucitado a su Siervo, le ha enviado para que os bendiga, a fin de apartar a cada uno de vosotros de vuestras iniquidades” *Hechos 3:26*. Dios bendice a los seres humanos, no porque sean buenos, sino a fin de que lleguen a serlo. Todas sus bendiciones tienen el propósito de apartarlos del pecado trayéndolos a sí. Si los seres humanos conocen ya al Señor, las bendiciones que les otorga tienen el propósito de atraerlos aún más cerca de él. Tal es el caso con el sábado. Es para llevar a los hombres a Dios, al recordarles su bondad y su poder lleno de gracia. El poder de la creación es el poder

de Cristo. Dios ha dispuesto que Cristo sea “para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. El poder por el que él nos da esos dones es el poder por el que creó los mundos. Así, vemos un significado más profundo en las palabras del Señor: “Les di también mis sábados para que fueran por señal entre yo y ellos, para que supieran que yo soy Jehová que los santifico” *Ezequiel 20:12 (RV 1995)*. La bendición del sábado es la bendición de la santificación. Siendo el sábado un memorial de la creación de Dios, nos da a conocer el poder de Dios para hacernos nuevas criaturas en Cristo.

La palabra “sábado” significa *reposo*. Sábado (sabat) es la palabra hebrea no traducida [sino transliterada] que se traduce *reposo*. Así, cuando leemos en el texto hebreo: “El séptimo día es *el sábado* para el Señor tu Dios”, equivale a: “El séptimo día es el *reposo* para el Señor tu Dios”. Eso será evidente al recordar la declaración: “Dios ... reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho” *Génesis 2:2*.

Es necesario recordar que se nos llama a guardar el *sábado del Señor*. En nuestros días oímos frecuentemente expresiones como “el sábado judío”, “el sábado continental”, “el sábado puritano”, “el sábado americano”, “el sábado cristiano”, etc.; pero el único sábado del que la Biblia habla textualmente, es “el sábado del Señor tu Dios” *Éxodo 20:10 (KJV)*. “En verdad vosotros guardaréis mis sábados” *Éxodo 31:13 (RV 1995)*. El Señor se refiere al sábado en estos términos: “Mi día santo” *Isaías 58:13*. Por consiguiente, es el reposo del Señor el que se nos llama a guardar. No se trata de abstenernos simplemente de nuestra propia obra en el día en que el Señor reposó, sino de guardar *su reposo*. ¿Qué significa? Examinémoslo.

El Salvador nos dice que “Dios es Espíritu” *Juan 4:24*. No es uno entre muchos espíritus, sino que él es *el Espíritu*. Es un Ser espiritual, no material. ¿Significa eso que es solamente una sombra? —No, ciertamente. Lo único que es perdurable es lo espiritual. Dios es sustancia, pues leemos que Cristo es “la imagen misma de su sustancia” *Hebreos 1:3 (RV 1995)*. Solemos albergar la idea equivocada de que lo espiritual no es real, pero “si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual” *1 Corintios 15:44*. El cuerpo de Cristo tras haber resucitado —el cuerpo con el que ascendió al cielo— era ciertamente un cuerpo espiritual; no obstante, era real y tangible. No podemos explicar qué es un cuerpo espiritual, pero sabemos que es infinitamente superior y más perfecto que nuestros cuerpos físicos. No está sujeto a las limitaciones propias de los cuerpos naturales como los conocemos.

Dios es Espíritu, por consiguiente, el reposo que guardó tras la creación fue un reposo espiritual. No hubo tal cosa como cansancio en la creación de la tierra. “El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa” *Isaías 40:28*. La creación no fue una obra física, fue totalmente espiritual. Dios habló, y existió. Y su palabra es espíritu. Por consiguiente, guardar el reposo del sábado significa disfrutar de un reposo espiritual. El sábado no tiene por propósito el mero reposo físico, sino el espiritual. Tiene un significado más profundo que el que comúnmente se le atribuye. Ciertamente, se nos amonesta a abstenernos de nuestras labores cotidianas en ese día, pero el cese en la actividad física en el día de sábado

es en realidad un emblema del reposo espiritual que Dios da a quienes lo aceptan como al Creador de todas las cosas. Sin reposo espiritual no hay verdadera observancia del sábado. El Señor declara en *Isaías 58:13-14* que aquel que aparta su pie para no hacer lo que le plazca en el sábado, llamándolo delicia, día santo del Señor y honorable, se deleitará en el Señor. Uno puede abstenerse de trabajar en el séptimo día tan escrupulosamente como los fariseos. No obstante, si no conoce y no se deleita en el Señor Jesucristo, no está guardando el sábado del Señor. El único reposo del sábado se encuentra en Cristo.

No se debe olvidar que el sábado le fue dado al hombre en el Edén antes que el pecado entrara en el mundo. A Adán se le había asignado una tarea física, pero que no era extenuante. El trabajo no es parte de la maldición, pero sí lo es el cansancio resultante del trabajo. Fue solamente tras la caída, cuando se le dijo a Adán: “Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual te ordené, diciendo: «No comerás de él», maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y abrojos te producirá, y comerás de las plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” *Génesis 3:17-19*. Eso se le dijo porque había pecado. Si hubiera permanecido leal a Dios, la tierra habría producido generosamente sólo lo que es bueno, y trabajarla habría sido un placer. No obstante, se habría guardado el sábado: no como un descanso para el cuerpo fatigado —pues nunca se daría el cansancio—, sino como un tiempo de deliciosa comunión con Dios.

Podemos aprender aquí una lección práctica en relación con la legislación sabática. Si el sábado se hubiera dado solamente con el propósito de proveer reposo físico para que el hombre pudiera remprender el trabajo con nuevo entusiasmo la siguiente semana en procura de riqueza, habría alguna base para que un gobierno legislara sobre el reposo sabático. Pero teniendo presente que el reposo del sábado es un reposo espiritual, para todos debiera ser evidente la inconsistencia de obligar a alguien a que guarde el sábado. Lo espiritual pertenece al Espíritu de Dios. Puesto que el reposo del sábado es de carácter espiritual, es el tipo de reposo que sólo el Espíritu de Dios puede dar. Y ciertamente el Espíritu de Dios no está sujeto a legislación parlamentaria o a decretos judiciales. Incluso si el séptimo día de la semana (el sábado que el Señor bendijo y santificó, el día que sigue al viernes) fuera el día cuya observancia se intentara imponer por ley, el resultado sería el mismo. Dios no emplea la coacción, y no ha autorizado a ningún hombre ni a ninguna organización humana para que la ejerza en su lugar. El sábado es *para* el hombre. Es la gran bendición que Dios ha otorgado al hombre. Es lo que le muestra el poder por el que puede ser salvo. Por consiguiente, obligar a alguien a que guarde el sábado sería equivalente a obligarlo a ser salvo. Cristo declara que a todos *atraerá* a sí mismo (*Juan 12:32*), pero jamás los coacciona. Él es el Buen Pastor, y como tal va delante de sus ovejas y las guía con su voz, no con un garrote.

Está claro que el objeto del día de sábado no es la mera recuperación corporal, y que evitar solamente el trabajo físico no constituye de forma alguna la esencia de la observancia del sábado. No obstante, en el séptimo día se prescribe la cesación completa de nuestro propio trabajo del tipo que sea. No solamente para darnos la oportunidad de contemplar las obras de Dios sin interrupción, sino para grabar una lección muy necesaria de confianza en Dios. Cuando cesamos en nuestras labores mediante las cuales ganamos el sustento, se nos recuerda el hecho de que Dios es quien nos provee no sólo las bendiciones espirituales, sino también todas nuestras necesidades temporales.

De esa forma reconocemos que, si bien en obediencia a su mandamiento trabajamos los seis días para ganar nuestro pan cotidiano, somos tan dependientes de Dios como si no hubiéramos trabajado en absoluto.

Por consiguiente, la comprensión adecuada del sábado y de su propósito debiera despejar por siempre la duda que frecuentemente se suscita en las mentes de quienes están convencidos de que debieran obedecer a Dios observando el sábado. Esta es la cuestión: ‘Si guardo el sábado, ¿cómo me voy a ganar la vida? Sin duda perderé mi puesto de trabajo, y dado que comparativamente tan poca gente guarda ese día, que es el día laboral principal de la semana, no podré encontrar trabajo. ¿Qué puedo hacer?’ Afirmo que aquel que conoce la naturaleza y propósito del sábado nunca se planteará una cuestión como esa, pues sabe que el propio sábado da la respuesta. La idea esencial al guardar el sábado es la perfecta confianza en Dios, cuyo poder creó el universo de la nada, que lo sustenta desde entonces, y cuyo amor hacia sus criaturas corre paralelo con su poder para procurarles el bien.

Quedará igualmente resuelta la cuestión —o más bien evitará que se suscite—, de si alguien debiera en una situación extrema cosechar en sábado, por ejemplo, cuando hacer tal cosa pareciera ser la única forma de asegurar la recolecta. Quien comprenda el significado del sábado sabrá que sólo Dios puede hacer que el cereal madure, sabrá que él es absolutamente capaz de protegerlo, o bien de hacer amplia provisión de otro modo si es que resultara malogrado. Ahora bien, todos comprenderán que la perfecta observancia del sábado es compatible con prestar cuidado a todas las necesidades de los afligidos, ya que el propio sábado nos recuerda que Dios es “clemente y compasivo” *Salmo 111:4*.

“Por tanto, temamos, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque en verdad a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva, como también a ellos; pero la palabra que ellos oyeron no les aprovechó por no ir acompañada por la fe en los que la oyeron. Porque los que hemos creído entramos en ese reposo, tal como Él ha dicho: Como juré en mi ira: «No entrarán en mi reposo», aunque las obras de Él estaban acabadas desde la fundación del mundo. Porque así ha dicho en cierto lugar acerca del séptimo día: «Y Dios reposó en el séptimo día de todas sus obras»; y otra vez en este pasaje: «No entrarán en mi reposo». Por tanto, puesto que todavía

falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes antes se les anunció la buena nueva no entraron por causa de su desobediencia, Dios otra vez fija un día: Hoy. Diciendo por medio de David después de mucho tiempo, como se ha dicho antes: «Si oís hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones». Porque si Josué les hubiera dado reposo, Dios no habría hablado de otro día después de ese. Queda, por tanto, un *reposo sabático* [original: *sabatismos*] para el pueblo de Dios. Pues el que ha entrado a su reposo, él mismo ha reposado de sus obras, como Dios reposó de las suyas” *Hebreos 4:1-10 (traducción revisada)*.

Es evidente que el reposo referido aquí es el reposo que aguarda al pueblo de Dios en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es el reposo en la tierra renovada que los antiguos judíos no alcanzaron debido a su incredulidad. Lo que recibieron en la tierra de Canaán fue sólo una sombra del auténtico reposo que Dios les prometió. El mismo evangelio del reino que se nos predica a nosotros, se les predicó primeramente a ellos. Pero ¿qué tiene que ver el séptimo día con ese reposo eterno en el reino de Dios? Analicémoslo.

Como ya hemos visto, el sábado es el memorial recordatorio de la creación. Pero no olvidemos que el sábado fue dado en aquel tiempo en que “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” *Génesis 1:31*. Por consiguiente, el sábado conmemora una creación perfecta. Nos recuerda que la tierra no siempre estuvo en la condición en que la vemos ahora. Por consiguiente, dado que la palabra de Dios no puede fallar, y que todo propósito suyo será finalmente cumplido, con igual seguridad de que el sábado nos recuerda una creación perfecta y completa para la morada del hombre, nos asegura que la tierra va a ser renovada y preparada como habitación para quienes hayan sido preparados para la herencia de los santos en luz.

“Avergonzados y aun humillados serán todos ellos; los fabricantes de ídolos a una se irán humillados. Israel ha sido salvado por el Señor con salvación eterna; no seréis avergonzados ni humillados por toda la eternidad. Porque así dice el Señor que creó los cielos (Él es el Dios que formó la tierra y la hizo, Él la estableció y no la hizo un lugar desolado, sino que la formó para ser habitada): Yo soy el Señor y no hay ningún otro” *Isaías 45:16-18*.

Dios hizo la tierra y puso al hombre en ella. El hombre era perfecto cuando fue creado; por lo tanto, el propósito de Dios era poblar la tierra por una raza de seres perfectos. Les dio el sábado para que recordaran a su Creador y retuvieran así su perfección. No se trataba simplemente de perfección física, sino también espiritual. En la perfección de su carácter, el ser humano fue hecho a imagen de Dios. Debía observar el sábado como recordatorio de la perfección espiritual que había recibido de Dios, y que sólo mediante Dios podría preservar. Es a esa condición perfecta a la que el Señor va a restaurar la tierra, y mediante el evangelio está perfeccionando a un pueblo para que habite esa tierra restaurada. Aunque el hombre cayó y la tierra se contaminó, el sábado aún perdura como un fragmento del Edén, siendo tanto un recordatorio para el hombre de lo que Dios dispuso en el

principio, como un medio para elevarlo hasta alcanzar esa elevada posición, de forma que pueda disfrutar la tierra una vez restaurada.

Por consiguiente, ese reposo que todavía está pendiente es la tierra renovada y el Edén restaurado. “Las obras de Él estaban acabadas desde la fundación del mundo” *Hebreos 4:3*. Es decir: tan pronto como la tierra fue creada, hubo reposo para el hombre. Al ser humano se le asignó una tarea, pero no era una labor agotadora. Esta es una traducción estrictamente literal de *Génesis 2:15 (YLT)*: “Jehová Dios tomó al hombre, y le hizo reposar en el jardín de Edén para que lo sirviera y cuidara”. Dios dio al hombre reposo en aquella tierra que estaba lista para su disfrute. Así lo demuestran las palabras: “En el séptimo día completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho” *Génesis 2:2*. Por lo tanto, al hombre se le dio el sábado como señal de que iba a reposar con el Señor por toda la eternidad. Es decir: iba a disfrutar de reposo espiritual, de perfecta ausencia de todo pecado.

Durante seis días Dios había estado pronunciando las palabras que trajeron la tierra a su condición perfecta. Entonces reposó: ceso de hablar. Y su palabra que había pronunciado, la palabra que vive y permanece para siempre, continuó sustentando aquella creación. Por consiguiente, Dios reposó en su palabra. Podía reposar de su obra creadora en la perfecta confianza de que su palabra sostendría el universo. Por consiguiente, cuando guardamos el sábado del Señor estamos apropiándonos del reposo provisto al apoyarnos confiadamente en las promesas de Dios.

Es así como “los que hemos creído entramos en ese reposo”, “pues el que ha entrado a su reposo, él mismo ha reposado de sus obras como Dios reposó de las suyas” *Hebreos 4:3 y 10*. Antes de que el hombre acepte plenamente la simple palabra del Señor, todo proviene del yo. Las obras de la carne son solamente pecado, e incluso aunque los seres humanos profesen servir a Dios y tengan ferviente deseo de obrar el bien, sus propias obras en procura de ello son fracasos. “Como trapo de inmundicia [son] todas nuestras obras justas” *Isaías 64:6*. Pero cuando comprendemos el poder de la palabra de Dios y conocemos que él es capaz de elevar a quienes confían en él, cesamos en nuestras propias obras y permitimos que Dios obre en nosotros tanto el querer como el hacer según su buena voluntad (*Filipenses 2:13*). Entonces todas nuestras obras son hechas en Dios, y son rectas. Eso es verdadero reposo. El reposo que viene al reconocer que la salvación no proviene de nosotros mismos, sino de la palabra que hizo los cielos y la tierra, y de saber que esa es la palabra que los sostiene, ese es el reposo que nos trae el sábado cuando lo guardamos tal como el Señor ha dispuesto.

Observa: hemos de recordar el día de sábado *para santificarlo*. Es santo, y así hemos de guardarlo. No lo convertimos en santo. Eso sería imposible. Sólo Dios puede hacerlo. Ninguna acción nuestra puede aumentar o disminuir la santidad del sábado. Y de ninguna forma podemos hacernos santos —santificarnos— a fin de poder guardarlo apropiadamente. Eso está fuera de nuestro alcance. Pero el mismo poder que santificó el día del sábado nos santificará a nosotros. Ese poder es el

poder que creó el universo. El poder por el que hemos de ser santificados es poder creador, y Cristo es el Creador, “el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención” *1 Corintios 1:30*. Dios nos ha dado el sábado —el memorial de su poder creador— para que sepamos que es él quien nos santifica *Éxodo 31:13*.

Ese es el reposo que Cristo da a todos los que acuden a él. Dice: “Venid a mí todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas” *Mateo 11:28-29*. Hemos de ir a él y reposar en su palabra, que es la que sostiene el universo. Eso es lo que el sábado significa. Conmemora la creación, pero la redención es simplemente el poder que creó todas las cosas, obrando para restaurarlas. Por consiguiente, el sábado representa la expresión más plena del evangelio.

Hemos visto que el sábado se dio en el Edén, y que forma parte de ese reposo en el que entró el Señor. Cuando se lo guarda en espíritu y en verdad resulta ser un fragmento del Edén preservado en nuestro favor, a pesar de todos los cambios acaecidos tras la maldición. “Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso” “no la creó en vano, sino para que fuera habitada” (*Isaías 45:18, RV 1995*), habitada por el mismo tipo de humanidad que puso en ella al principio. Por consiguiente, eso es lo que finalmente sucederá. Así, el sábado no es solamente una parte del Edén original que se ha preservado en nuestro beneficio, sino que se identifica con el reposo del que disfrutarán los santos de Dios eternamente. El cielo comienza ciertamente en la tierra para quienes aceptan plenamente al Salvador, para quienes se entregan a él sin reserva. El sábado, ese fragmento del paraíso, puentea el abismo entre el Edén perdido y el Edén restaurado, siendo el memorial del primero y la prenda o garantía del segundo.

¿No es entonces el sábado verdaderamente una delicia? ¿Podrá alguien que comprenda lo que significa el sábado considerarlo de otra manera que no sea una bendición? El hombre de Dios nos dejó un “Cántico para el sábado”, como se lee en el encabezamiento del Salmo 92 en el texto hebreo: “Bueno es alabarte, Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo; anunciar por la mañana tu misericordia y tu fidelidad cada noche, con el decacordio y el salterio, en tono suave, con el arpa. Por cuanto me has alegrado, Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo” *Salmo 92:1-4*. Hemos de ser fuertes en el Señor y en el poder de su fortaleza. Hemos de ser “más que vencedores por medio de aquel que nos amó” *Romanos 8:37*. Por lo tanto, cuando nos vemos asediados por la tentación, todo cuanto hemos de hacer es recapacitar en el poder de Dios: el poder que hizo los mundos a partir de la nada, y saber que está dispuesto a la obra de liberarnos con tal que lo aceptemos. Nada hay que sea difícil para el Señor ni que se pueda oponer exitosamente a él. Todas las huestes de Satanás juntas carecen de poder en su empeño por batallar contra el Señor, quien ha “despojado a los poderes y autoridades” *Colosenses 2:15*. Por consiguiente, la victoria ya es nuestra cuando

reposamos en ese poder. Las cosas que Dios ha creado nos recuerdan su poder, y de esa forma triunfamos en las obras de sus manos. Esa gloriosa victoria es la que el sábado tiene por fin traernos.



Por lo tanto, siendo el sábado la señal de una creación perfecta, es el sello de la nueva criatura en Cristo. Es el sello de Dios ministrado por el Espíritu de Dios. Teniendo su origen en el paraíso y formando parte del reposo del paraíso, muestra que quienes lo guardan en espíritu — no meramente en la forma— están destinados mediante el gran poder de Dios a ocupar un lugar en el paraíso. Y en las edades venideras, cuando el Edén sea restaurado, toda carne se reunirá “de sábado en sábado” para adorar a Dios cuyo amor, poder y bondad en Cristo los llevaron a participar de las glorias de su Presencia (*Isaías 66:22-23*). Y cuando se reúnan en esos triplemente bendecidos sábados, cantarán: “El Cordero que fue inmolado digno es de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza” *Apocalipsis 5:12*. Pero la hueste redimida no estará sola en sus alabanzas. Todas las obras de Dios lo alaban incluso ahora, mientras gimen esperando su redención. Pero entonces, habiendo sido quitada hasta la última traza de maldición, y una vez que el evangelio haya restaurado la creación original, “toda cosa creada que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y todas las cosas que en ellos hay” dirán en perfecta unidad y a una sola voz: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el dominio por los siglos de los siglos” *Apocalipsis 5:13*. Amén.

www.libros1888.com

www.libros1888.org

